

cisa aún, y su resolución podía modificar sus proyectos, toda vez que amaba demasiado sinceramente á su hija para no respetar su dicha. El porvenir de Pablo aun dependía, pues, de su conducta. Si se hacía amar, estaba salvado.

A las doce de la noche del día siguiente, después de una velada pasada en familia con los cuatro testigos, á quienes la señora Evangelista había dado el espléndido banquete que sigue al matrimonio legal, los esposos y los amigos fueron á oír una misa nocturna, á la que asistieron un centenar de personas curiosas. Un matrimonio celebrado de noche lleva siempre al alma siniestros presagios: la luz es un símbolo de vida y de placer cuyas profecías le faltan. Preguntad al alma más intrépida por qué está helada, por qué la negra frialdad de las bóvedas le enerva, por qué le asusta el ruido de pasos, por qué se fija en el grito del buho y en el clamoreo de las lechuzas. Aunque no hay ninguna razón para temblar, todo el mundo tiembla, y las tinieblas, imagen de la muerte, entristecen. Natalia, al separarse de su madre, lloraba. La joven era presa de todas las dudas que invaden el corazón al emprender una vida nueva, en que, á pesar de las mayores seguridades de dicha, existen mil lazos preparados á la mujer. Tuvo frío y pidió un abrigo. La actitud de la señora Evangelista y de los esposos dió origen á algunos comentarios entre la multitud elegante que rodeaba el altar.

—Solonet acaba de decirme que los recién casados marchan solos á París mañana por la mañana.

—La señora Evangelista debía de ir á vivir con ellos.

—¡Bah! el conde Pablo ya se ha desembarazado de ella.

—Mal hecho, mal hecho—dijo la condesa de Gyas.—Cerrar la puerta á la madre de su mujer, ¿no equivale á abrirselo al amante? Ya se conoce que no sabe lo que es una madre.

—Se ha mostrado muy duro con la señora Evangelista, pues la pobre mujer ha vendido su palacio y se va á vivir á Lanstrac.

—Natalia está muy triste.

—¿Quién no lo estaría viéndose como ella separada de su madre al día siguiente de su boda?

—¿Qué triste es eso!

—Me alegro haber venido aquí—dijo una señora—para convencerme de la necesidad de rodear el casamiento de sus pompas y fiestas acostumbradas. Encuentro esto muy triste

y desabrido. Y si quiere usted que le manifieste por completo mis pensamientos—añadió hablando al oído á su vecino,—este matrimonio me parece indecente.

La señora Evangelista tomó á Natalia en su coche y la llevó en persona á casa del conde Pablo.

—Y bien, mamá, ¿no tiene usted nada más que decirme?

—Piensa, querida hija, en mis últimas recomendaciones, y serás feliz. Sé siempre su mujer y no su querida.

Cuando Natalia estuvo acostada, la madre desempeñó la comedia de arrojarle llorando en brazos de su yerno. Esta fué la única cosa de provinciana que se permitió la señora Evangelista, pero tenía sus razones para hacerlo. Á través de sus lágrimas y de sus palabras locas ó desesperadas en apariencia, obtuvo de Pablo algunas de esas concesiones que hacen todos los maridos. Al día siguiente puso á los recién casados en un coche y los acompañó hasta el otro lado de la barca con que se atraviesa el Gironda. Con una palabra, Natalia había hecho saber á la señora Evangelista que si Pablo había ganado la partida con el contrato, ella empezaba á tomar la revancha. Natalia había obtenido ya de su marido una perfecta obediencia.

CONCLUSIÓN

Cinco años después, en una tarde del mes de noviembre, el conde Pablo de Manerville, envuelto en una capa, con la cabeza inclinada, entraba misteriosamente en casa del señor Matías, en Burdeos. Demasiado viejo para continuar los negocios, el buen hombre había vendido su estudio de notario y acababa apaciblemente su vida en una de sus casas, en donde vivía retirado. Cuando llegó su huésped, un asunto urgente le había obligado á ausentarse; pero su anciana ama de llaves, prevenida de la llegada de Pablo, lo condujo al dormitorio de la señora Matías, muerta hacía ya un año. Cansado del viaje, Pablo durmió hasta la noche. Tan pronto como llegó el anciano, fué á ver á su antiguo cliente y se contentó con contemplarle dormido del mismo modo que una madre contempla á su hijo. Josefa, el ama de llaves,

acompañaba á su amo, y permaneció de pie delante de la cama con los brazos en jarras.

—Josefa, hace un año, cuando recibía aquí el último suspiro de mi querida mujer, no sabía que volvería á entrar para ver al conde casi muerto.

—¡Pobre señor! gime en sueños—dijo Josefa.

El anciano notario respondió con un:

—¡Voto á mil legajos!—inocente juramento que anunciaba siempre en él la desesperación del hombre de negocios que encuentra infranqueables dificultades.—En fin, he podido salvarle la propiedad de Lanstrac, de Auzac, de Saint-Froult y de su palacio.

Después Matías contó con los dedos y exclamó:

—¡Cinco años! Ahora hace cinco años justos que su anciana tía, difunta ya hoy, la respetable señora de Manlincour, pedía para él la mano de ese cocodrilo vestido de mujer que, como yo pensaba, ha acabado por arruinarlo.

Después de haber contemplado un largo rato al joven, el gotoso anciano, apoyado en un bastón, fué á pasarse lentamente por su jardinito. Á las nueve la cena estaba servida, pues Matías cenaba. El anciano quedó sumamente asombrado al ver á Pablo con la frente serena y el rostro tranquilo, aunque algún tanto alterado. Si á los treinta años parecía tener cuarenta el conde de Manerville, este cambio era debido únicamente á los disgustos; físicamente, gozaba de perfecta salud. Tan pronto como apercibió al anciano, corrió á coger sus manos para obligarle á permanecer sentado y se las estrechó muy afectuosamente diciéndole:

—Mi querido señor Matías, usted también ha tenido desgracias.

—Señor conde, las mías han sido naturales; pero las vuestras...

—Hablaremos de mí mientras cenamos.

—Si yo no tuviese un hijo en la magistratura y una hija casada—dijo el buen hombre—crea usted, señor conde, que encontraría en casa del anciano Matías algo más que hospitalidad. ¿Cómo se atreve usted á venir á Burdeos en el momento en que en todas las esquinas leen los transeuntes los anuncios de la venta en pública subasta de las quintas del Grassol, del Guadet, del cercado de Bella-Rosa y de su palacio? ¡Imposible manifestarle el pesar que me causa ver esos grandes pasquines á mí, que durante cuarenta años he ad-

ministrado esos inmuebles como si me perteneciesen; á mí, que, siendo tercer pasante del digno señor Chesnau, mi predecesor, los compré para su señora madre de usted y que, de mi propio puño y con hermosa letra, escribí el acta de venta sobre pergamino; á mí, que tengo los títulos de propiedad en el estudio de mi sucesor, á mí, que hice las liquidaciones! ¡Yo que le conozco desde cuando era usted así—dijo el notario poniendo la mano á dos pies del suelo.—Es preciso haber sido notario durante cuarenta y un años y medio, para conocer la clase de dolor que me causa la vista de mi nombre impreso á la faz de Israel en los anuncios de embargo y en el acta de compra. Cuando paso por la calle y veo á la gente detenida leyendo esos horribles carteles amarillos, me avergüenzo como si se tratase de mi propia ruina y desgracia. Hay imbéciles que deletrean en voz alta con la intención expresa de atraer á los curiosos poniéndose todos á hacer mil estúpidos comentarios. ¿No puede hacer cada uno lo que le acomode de sus bienes? Su padre de usted se comió dos fortunas antes de rehacer la que os dejó, y usted no sería un Manerville si no le imitase. Además, los embargos por deudas están previstos por el código y no tienen nada de deshonoroso. Si yo no fuese un anciano de cabellos blancos, á quien de un codazo pueden mandar á la tumba, apalearía á los que se detienen á leer las abominables palabras de: *A petición de la señora doña Natalia Evangelista, esposa de Pablo Francisco José, conde de Manerville, separada en bienes por sentencia del tribunal de primera instancia del departamento del Sena, etc.*

—Sí—dijo Pablo,—y ahora separada de cuerpo.

—¡Ah!—exclamó el anciano.

—¡Oh! contra el deseo de Natalia—dijo vivamente el conde;—he tenido que engañarla é ignora mi partida.

—Pero ¿se marcha usted?

—Sí, he pagado ya el pasaje y me voy á Calcuta embarcado en el *Bella Amalia*.

—¡Dentro de dos días!—dijo el anciano—¿De modo que no le veré á usted ya más, señor conde?

—Mi querido Matías, usted no tiene nada más que setenta y tres años, y la gota á esa edad es un privilegio de larga vida. Cuando vuelva aún le encontraré. Su cabeza y su corazón estarán sanos y me ayudará usted á reconstruir el edificio derribado. Quiero hacer una gran fortuna en siete

años. Cuando vuelva sólo tendré cuarenta, y á esa edad todo es posible aun.

—¿Usted—dijo Matías dejando escapar un gesto de sorpresa—usted, señor conde, ir á comerciar? ¿lo ha pensado usted bien?

—Querido Matías, ya he dejado de ser el señor conde. He tomado pasaje con el nombre de Camilo, que es uno de mis nombres de bautismo; además tengo relaciones que me ayudarán á hacer fortuna por otros medios. El comercio sería en último extremo. En fin, llevo una suma bastante considerable y que me ha de permitir montar cualquier negocio en grande escala.

—¿En dónde está esa suma?

—Tiene que enviármela un amigo.

Al oír la palabra «amigo», el anciano dejó caer el tenedor. No lo hizo por burla ni por sospecha, sino para expresar el dolor que le causaba ver á Pablo bajo la influencia de una ilusión engañosa, toda vez que sus ojos no veían más que tinieblas allí donde Pablo veía luz y estrellas.

—He ejercido el notariado durante cincuenta años y no he visto nunca que la gente arruinada tuviera amigos que le prestasen dinero.

—Usted no conoce á de Marsay. En este momento estoy seguro que, si ha sido necesario, se habrá empeñado, y mañana recibirá usted una letra de cambio de cincuenta mil escudos.

—Me alegraré de ello. ¿Y no podía ese amigo arreglar sus negocios de usted? Durante seis ó siete años podría vivir tranquilamente en Lanstrac con las rentas de la señora condesa.

—¿Podrá nadie encargarse de un millón quinientos mil francos de deudas, á más de los quinientos cincuenta mil que debe mi mujer?

—¿Cómo! ¿en cuatro años han adquirido ustedes un millón cuatrocientos cincuenta mil francos de deudas?

—Matías, nada más claro. ¿No le cedí los diamantes á mi mujer? ¿No gasté los ciento cincuenta mil que cobré del palacio Evangelista en la restauración de mi casa de París? ¿No tuve que pagar aquí los gastos de las adquisiciones y los que originó nuestro contrato matrimonial? Finalmente, ¿no hubo necesidad de vender los cuarenta mil francos de renta de Natalia para pagar Auzac y Saint-Froult? Ya recor-

dará usted que se vendió el papel á ochenta y siete, y, por lo tanto, el primer mes de mi casamiento me empeñé en doscientos mil francos. Nos quedaron sesenta y siete mil francos de renta, y hemos gastado constantemente doscientos mil. Una usted á estos novecientos mil francos algunos intereses usurarios y fácilmente llegará usted al millón.

—¡Diantre!—exclamó el anciano notario—¿y qué más?

—En primer lugar quise completar á mi mujer el joyero que estaba ya empezado con el collar de perlas, el *Discreto*, que es un diamante de familia, y los pendientes. Así es que pagué cien mil francos por una diadema. Con esto ya tiene usted un millón cien mil francos, con lo cual soy deudor de la fortuna que me entregó mi mujer.

—Pero si la señora condesa hubiese empeñado sus diamantes y usted sus rentas—dijo Matías,—tendríais, según mi cuenta, trescientos mil francos, con los cuales podríais aún apaciguar á vuestros acreedores.

—Matías, cuando un hombre está caído, cuando sus propiedades están gravadas con hipotecas, cuando un hombre está bajo el peso de cien mil francos en letras de cambio próximas á vencer, cuando la mujer le molesta aun más que los acreedores con sus peticiones, créame usted, por mucho que sea el valor de los bienes, nada es posible hacer. Además, ¿quién paga los gastos de expropiación?

—¡Es espantoso!—dijo el notario.

—Felizmente, los embargos fueron convertidos en ventas voluntarias á fin de evitar los gastos de la curia.

—¡Vender Bella-Rosa cuando la recolección de 1825 está aun en las bodegas!—exclamó Matías.

—No hay más remedio.

—Bella-Rosa vale seiscientos mil francos.

—Natalia lo volverá á comprar; ya se lo he aconsejado.

—Diez y seis mil francos de renta al año, sin contar las buenas cosechas como la de 1825. Yo mismo pujaré Bella-Rosa á setecientos mil francos, y cada una de las quintas á ciento veinte mil.

—Tanto mejor, de ese modo, si mi palacio de Burdeos se vende en doscientos mil francos, no deberé nada á nadie.

—Solonet pagará algo más, porque lo desea. Se retira con ciento y tantos mil francos ganados al juego. Ha vendido su estudio en trescientos mil francos y se casa con una mulata rica; ¡Dios sabe cómo ha ganado el dinero! pero, según dicen,

es millonario. ¡Un notario jugador! ¡un notario que se casa con una mulata! ¡Qué siglo! Según se dice, manejaba el dinero de su suegra de usted, y le sacaba grandes intereses.

—Ella es la que ha embellecido Lanstrac, ha cuidado las tierras y me ha pagado siempre su alquiler.

—Nunca la hubiese creído capaz de portarse de ese modo.

—¡Es tan buena y se ha sacrificado tanto por nosotros! Cuando iba á París á pasar temporadas en nuestra compañía, siempre pagaba las deudas de Natalia.

—Ya podía hacerlo, porque vive en Lanstrac—dijo Matías.—¿Ella hacerse económica? ¡qué milagro! Acaba de comprar el dominio de Grainrouge, situado entre Lanstrac y Grassol, de suerte que, si continúa la avenida de Lanstrac hasta la carretera real, sus tierras de usted tendrán legua y media de extensión. Ha pagado cien mil francos por Grainrouge, que da mil escudos de renta.

—Se conserva tan hermosa como siempre—dijo Pablo.—La vida del campo le sienta muy bien; no quiero ir á decirle adiós, porque daría su sangre por mí.

—Iría usted en vano, porque está en París. Ella habrá llegado allí en el momento en que usted salía.

—Sin duda ha sabido la venta de mis propiedades y corre á auxiliarme. No tengo que quejarme de la vida. A decir verdad, soy amado como puede serlo un hombre en este ruin mundo, y amado por dos mujeres que luchaban á porfía por complacerme. Estaban celosas la una de la otra; la hija reprochaba á la madre su excesivo amor por mí, y la madre reprochaba á la hija sus disipaciones. Este cariño me ha perdido. ¿Cómo dejar de satisfacer los menores caprichos de la mujer que se ama? ¿Cómo también aceptar sus sacrificios? Es verdad, sí, que podíamos haber liquidado mi fortuna y venir á vivir á Lanstrac; pero prefiero ir á las Indias y traer de allí una fortuna para procurar á Natalia la vida que á ella le gusta. Yo mismo fui quien propuso la separación de bienes. Las mujeres son ángeles á los que no hay que mezclar nunca en los intereses de la vida.

El anciano Matías escuchaba á Pablo con aire de duda y de asombro.

—¿No tiene usted hijos?—le preguntó.

—Por fortuna—le respondió Pablo.

—Yo no entiendo así el matrimonio—respondió sencilla-

mente el anciano notario.—A mi modo de ver, una mujer debe participar de la suerte buena ó mala de su marido. He oído decir que los recién casados que se quieren como amantes no tienen hijos. ¿Es acaso el placer el único objeto del matrimonio? ¿No tiende más bien éste á la felicidad de la familia? Usted tenía veintiocho años y la señora condesa tenía veinte; y se comprende que no pensasen ustedes más que en el amor. Sin embargo, y aunque esto le parezca cosa de notario, su contrato y su nombre de usted le obligaban á empezar por hacer un muchachote robusto. Sí, señor conde, y si hubiese tenido hijas únicamente, no debía detenerse hasta tanto que Dios le hubiese dado un hijo varón que consolidase el mayorazgo. ¿No es fuerte la señorita Evangelista? ¿podía inspirarle algún temor la maternidad? Me dirá usted que esto es un antiguo método de nuestros antepasados; pero, en las familias nobles, señor conde, la mujer legítima debe tener hijos y educarlos; y, como decía la duquesa de Sully, la mujer no es un instrumento de placer, sino el honor y la virtud de la casa.

—Mi buen Matías, usted no conoce á las mujeres—dijo Pablo.—Para ser feliz es preciso amarlas como ellas quieren ser amadas. ¿No hay algo de brutal en privar en seguida á una mujer de sus encantos y hermosura sin darle tiempo á que goce de ella?

—Si ustedes hubiesen tenido hijos, la madre no hubiese disipado lo que disipó la mujer, y hubiese permanecido en su casa.

—Querido mío, si usted tuviese razón, yo me consideraría más desgraciado aun de lo que soy—dijo Pablo frunciendo las cejas.—No aumente usted, pues, mis dolores con una moral que ya no puede aplicarse, y déjeme partir sin preocupaciones.

Al día siguiente, Matías recibió una letra de ciento cincuenta mil francos pagadera á la vista y enviada por Enrique de Marsay.

—Ya lo veis—dijo Pablo—no escribe ni una palabra. Enrique es la naturaleza más perfectamente imperfecta y más ilegalmente hermosa que yo conozco. Si supiese usted con qué superioridad se sobrepone este hombre, joven aún, á los sentimientos y á los intereses, y qué hábil político es, se asombraría usted como yo al ver que tiene tan gran corazón.

Matías procuró hacer desistir á Pablo de su determinación; pero era irrevocable y estaba justificada por tan sabias razones, que el anciano notario no intentó detener á su cliente. Es cosa rara que los navíos de carga salgan de los puertos á la hora señalada; pero por una circunstancia fatal para Pablo, el viento era propicio y el *Bella Amalia* se dió á la vela al día siguiente. En el momento en que parte un navío, el embarcadero está lleno de parientes, de amigos y de curiosos. Entre las personas que se encontraban allí, algunas conocían personalmente á Manerville. Su desastre le hacía en este momento tan célebre como lo había sido en otro tiempo por su fortuna, y esto hizo que su presencia llamase la atención. Cada cual emitía su opinión ó hacía un comentario. El anciano había acompañado á Pablo al puerto, y sus sufrimientos debieron ser grandes al oír algunos de estos dichos y comentarios.

—¿Quién sería capaz de reconocer en ese hombre que veis allí, al lado del anciano Matías, á aquel petimetre que era la flor de la elegancia y el figurín de la moda en Burdeos hace cinco años?

—¿Cómo! aquel hombrecito con levita de paño que parece un cochero ¿es el conde Pablo de Manerville?

—Sí, querida mía, el que se casó con la señorita Evangelista. Allí le tienes arruinado, sin tener donde caerse muerto y camino de las Indias á buscar fortuna.

—Pero ¿cómo se ha arruinado siendo tan rico?

—París, las mujeres, la Bolsa, el juego, el lujo...

—Además—añadió otro,—Manerville es un infeliz, de pocas luces, bonachón, confiado é incapaz de hacer nada bueno. Ya había nacido arruinado.

Pablo estrechó la mano del anciano y se refugió en el barco. Matías permaneció en el muelle, mirando á su antiguo cliente, que permaneció sobre cubierta desafiando á la multitud con una mirada llena de desprecio. En el momento en que los marineros levantaban el ancla, Pablo vió que Matías le hacía señas con el pañuelo. La anciana ama de llaves había llegado á toda prisa á buscar á su amo, que parecía agitado por un acontecimiento de gran importancia. Pablo rogó al capitán que esperase aún un momento y que enviase á tierra un bote á fin de saber lo que quería el anciano notario que tan enérgicas señas le hacía para que desembarcase. Demasiado achacoso para poder ir á bordo, Matías

entregó dos cartas á uno de los marineros que iban en el bote.

—Amigo mío, este paquete—dijo el anciano notario al marinero señalándole una de las cartas que le entregaba—¿te fijas bien? este paquete acaba de ser traído por un correo que recorrió la distancia de París aquí en treinta y cinco horas. Hazle presente al señor conde esta circunstancia; no la olvides por Dios, porque muy bien podía hacerle cambiar de resolución.

—Y ¿tendrá que desembarcar?—preguntó el marinero.

—Sí, amigo mío,—respondió imprudentemente el notario.

El marinero es generalmente en todas partes un ser extraño que siente casi siempre un profundo desprecio por las gentes de tierra. La clase media no la comprende, no se la explica, se burla de ella, le roba si puede, sin creer que falta por eso á las leyes de la probidad. El marinero que recibió las cartas era un bretón, que en las recomendaciones del honrado Matías no vió más que una cosa.

—Sí, en seguida—se dijo mientras remaba—¡Desembarcarle! ¡hacer perder un pasajero al capitán! Si fuese uno á escuchar á esos necios, sería preciso pasarse la vida embarcándoles y desembarcándoles. Sin duda tendrá miedo que su hijo coja un reuma.

El marinero entregó, pues, las cartas á Pablo sin decirle nada. Al ver la letra de su mujer y la de Marsay, Pablo presumió todo lo que estos podrían decirle, y á fin de no dejarse dominar por las ofertas que estos pudiesen hacerle, se metió las cartas en el bolsillo con aparente indiferencia.

—¡Vea usted para qué nos hacen saltar á tierra! para tonterías—dijo el marinero al capitán.—Si fuese cosa importante, como decía aquel viejo chocho, el señor conde no se metería el paquete en el bolsillo como lo hace.

Absorbido por los tristes pensamientos que se apoderan de los hombres más fuertes en semejantes circunstancias, Pablo se ponía melancólico saludando con la mano á su anciano amigo, diciendo adiós á Francia, y contemplando los edificios de Burdeos que desaparecían con rapidez. Se sentó en un rollo de cuerdas. La noche le sorprendió allí entregado á sus sueños. Con la media obscuridad del crepúsculo vinieron las dudas; con mirada inquieta examinaba el porvenir, lo sondaba, no encontraba en él más que peligros é incertidumbres, y se preguntaba si no le faltaría el valor.

Sentía vagos temores al pensar que Natalia quedaba sola, se arrepentía de su resolución y lloraba á París y su vida pasada. El mareo se apoderó de él. Todo el mundo conoce los efectos de esta enfermedad y sabe que su más gran sufrimiento es la disolución completa de la voluntad. Una turbación inexplicable desata los lazos de la vitalidad, el alma no funciona y todo se hace indiferente al enfermo: una madre olvida á su hijo, el amante no piensa en su querida, el hombre más fuerte yace como una masa inerte. Pablo fué conducido á su camarote, donde permaneció tres días tumbado, vomitando, sin pensar en nada y durmiendo; después tuvo una especie de convalecencia y volvió á su estado ordinario. La mañana en que, encontrándose mejor, subió á cubierta para respirar allí las brisas marinas de un nuevo clima, sintió las cartas al meterse las manos en los bolsillos; las sacó en seguida para leerlas, y empezó por la de Natalia. Para que la carta de la condesa de Manerville pueda ser bien comprendida es preciso conocer antes la que Pablo había escrito á su mujer al salir de París.

CARTA DE PABLO DE MANERVILLE Á SU MUJER

«Amada mía: Cuando leas esta carta estaré muy lejos de ti; acaso esté ya en el navío que me lleva á las Indias, adónde voy á rehacer mi agotada fortuna. No me sentí con fuerzas para anunciarte mi marcha. Te he engañado; pero ¿no era preciso? De no haberlo hecho te hubieras disgustado en vano y hubieses querido sacrificarme tu fortuna. Querida Natalia, no tengas ningún remordimiento, no tengas ningún pesar. Cuando vuelva con millones imitaré á tu padre, y los pondré á tus pies, como él ponía los suyos á los pies de tu madre, diciéndote: ¡Todo es tuyo! Te amo con locura, Natalia, y te lo digo sin temor á que esta confesión te sirva para extender un poder que sólo temen las gentes débiles, pues el tuyo no tuvo límites desde el día en que te conocí. Mi amor es el único cómplice de mi desastre. Mi ruina progresiva me ha hecho experimentar los delirantes placeres del jugador. A medida que mi dinero disminuía, mi dicha aumentaba. Cada fragmento de mi fortuna invertida en proporcionarte un pequeño goce, me causaba arrobamientos celestiales. Hubiese querido que tus caprichos

fuesen más numerosos aún de lo que eran, sabía que iba hacia un abismo, pero iba hacia él con la frente coronada por el goce, sentimiento desconocido á las gentes vulgares. He obrado como esos amantes que se encierran por un año ó dos en una casita situada á orillas de un lago, y que se prometen matarse después de haberse bañado en un océano de placeres, muriendo así en toda la gloria de sus ilusiones y de su amor. Esa clase de gente me ha parecido siempre prodigiosamente razonable. Tú no sabías nada de mis placeres y de mis sacrificios. ¿No se encuentra una gran satisfacción ocultando á la persona amada el precio de lo que ella desea? Ahora puedo confesarte mis secretos. Cuando este papel impregnado de amor llegue á tus manos, estaré muy lejos de ti. Si pierdo los tesoros de tu agradecimiento, no experimento en cambio la opresión de corazón que había de producirme el hablarte de estas cosas. Amada mía, ¿no hay algún sabio cálculo en revelarte así el pasado? ¿No equivale esto á continuar nuestro amor para el porvenir? Pero, ¿necesitamos acaso nosotros nada que fortifique nuestro amor? ¿No nos queremos con un amor puro que no necesita pruebas, que desconoce el tiempo, las distancias y que vive de sí mismo? ¡Ah! Natalia, acabo de verte dormida, confiada como un niño y con la mano tendida hacia mí. He dejado una lágrima en tu almohada, confidente de nuestros goces íntimos. Parto sin temor, confiando en tu actitud, parto á fin de conquistar el reposo, ganando una fortuna bastante considerable para que ninguna inquietud turbe nuestros goces y para que tú puedas satisfacer todos tus gustos. Ni tú ni yo sabríamos pasar sin los goces de la vida que hemos llevado. Yo soy hombre, tengo valor, y á mí me toca el trabajo de amontonar la fortuna que nos es necesaria. Acaso serías capaz de venir tras de mí. Por eso te oculto el nombre del barco y el día de mi partida. Un amigo te lo dirá todo cuando ya no puedas seguirme. Natalia, mi amor no tiene límites, te amo como una madre á su hijo, como una amante á su querida, con el mayor desinterés. Para mí los trabajos, para ti los placeres; para mí los sufrimientos, para ti la vida feliz. Diviértete, conserva tus costumbres de lujo, ve á los Italianos, á la Ópera, al baile, goza del mundo, pues yo te absuelvo de todo. Angel mío, cuando entres en ese nido en donde hemos saboreado la dicha durante cinco años de amor, piensa en tu amigo, piensa en mí un momento, y

duérmeme recordándome. Esto es lo único que te pido. Yo, querido y eterno pensamiento mío, cuando, perdido bajo abrasadores cielos, trabajando para los dos, encuentre obstáculos que vencer ó me sienta fatigado, cobraré ánimos con las esperanzas de mi vuelta, pensaré en ti, que eres mi vida. Si, procuraré estar en ti á todas horas, y me diré que no tienes penas ni cuidados, que eres feliz. Así como el día se compone de día y de noche, de vigilia y de sueño, así también mi existencia tendrá momentos de grato recuerdo en que mi alma se transportará á París, y momentos de trabajo en las Indias; un sueño penoso, una realidad deliciosa; tanto viviré para ti, que mis días serán sueños. Recitaré canto por canto ese hermoso poema de cinco años, recordaré los días en que te complacías en brillar en los salones y en que, ya elegantemente vestida ó ya al desdén, siempre aparecías nueva ante mis ojos. Mis labios creerán gustar los delicados manjares de nuestros festines. Si, ángel mío, parto como el hombre que va á emprender una obra cuyo remate ha de tener por premio la mujer de su alma. El pasado será para mí como esos sueños del deseo que preceden á la posesión y que muchas veces defrauda ésta, pero que tú has sabido agrandar siempre. Volveré para encontrar en ti una mujer nueva. ¿No adquirirás con la ausencia nuevos encantos? ¡Ah! amor mío, Natalia mía, que sea yo siempre sagrado para ti. Sé siempre la mujer que yo he soñado. Si hicieses traición á mi ciega confianza, Natalia, no temas mi cólera, pues sabré morir en silencio. Pero la mujer no engaña al hombre que la deja libre, porque la mujer no es cobarde nunca. Se burla de un tirano, pero renuncia siempre á la traición fácil que ha de causar la muerte de un ser querido. No, no quiero pensar en ello. Ángel mío, ya verás á de Marsay que será el arrendador de nuestro palacio y que te lo dejará. Este arriendo fingido era necesario para evitar pérdidas inútiles. Los acreedores, ignorando que el pago de las deudas es cuestión de tiempo, podrían embargar el mobiliario y el usufructo de nuestro palacio. Sé buena para de Marsay, pues tengo completa confianza en su capacidad y en su lealtad. Tómale por defensor y por consejero, haz de él tu menino. Por muchas que sean sus ocupaciones, espero que siempre estará á tu disposición. Si él me anticipase alguna suma de que luego tuviese necesidad, cuento contigo para que se la devuelvas. No olvides que no te dejo entregada á

de Marsay, sino á ti misma, y que al indicártelo no te lo impongo. ¡Ay de mí! me es imposible hablarte de negocios, porque sólo me queda una hora para permanecer á tu lado. Repaso tus aspiraciones, procuro adivinar tus pensamientos en los raros accidentes de tu sueño, tu respiración reanima las horas marchitas de nuestro amor. Á cada latido de tu corazón, el mío da muestras de encerrar para ti tesoros infinitos de amor, y deshojo sobre ti las rosas de mi alma, como los niños las siembran ante el altar el día del Corpus. No dejes de pensar en mí como te recomiendo; quisiera trasladar á tus venas mi sangre para que fueses mía, para que tu pensamiento fuese el mío, para que tu corazón fuese mi corazón, para serlo todo para ti. En este momento dejas escapar un ligero murmullo que juzgo yo de halagüeña respuesta. Sé siempre feliz y hermosa como lo eres en este momento. ¡Ah! quisiera poseer ese fabuloso poder de que hablan los cuentos de hadas, quisiera dejarte dormida como estás ahora, durante el tiempo que haya de durar mi ausencia y despertarte á mi vuelta con un beso. ¡Cuánta energía y cuánto amor es necesario para dejarte viéndote tan bella! Tú eres una española religiosa y respetarás el juramento hecho en sueños. Adiós, alma mía, hé aquí ya á tu pobre marido arrastrado por tempestuoso huracán; pero no temas, volverá en alas de la fortuna. No, bebé mío, no te digo adiós, porque no te dejaré nunca. ¿No serás tú el alma de mis acciones? La esperanza de traerte una dicha indestructible, ¿no ha de animarme en mi empresa y no ha de dirigir todos mis pasos? ¿No estarás tú siempre conmigo? ¡Ah! no será el sol de la India, sino el fuego de tu mirada el que me alumbrará. Sé tan feliz como puede serlo una mujer sin su amante. Bien quisiera darte mi último beso sin que tu permanecieras en el estado pasivo en que te encuentras, pero no he querido despertarte. Cuando despiertes encontrarás un arma sobre tu frente, haz de ella un talismán. Piensa en quien lejos de ti va á morir por tu causa; piensa, más bien que en el marido, en el amante resignado que te confía Dios.»

CONTESTACIÓN DE LA CONDESA DE MANERVILLE Á SU MARIDO

«Amado mío: ¡Cuán afligida me deja tu carta! ¿Tenías derecho para tomar, sin consultarme, una resolución que nos

interesa por igual? ¿Eres libre? ¿No me perteneces? ¿No soy yo medio criolla y no podía acompañarte? Tú me haces saber que no te soy indispensable. Pablo, ¿qué te he hecho yo para privarme de mis derechos? ¿Qué va á ser de mí, sola en París? ¡Pobre ángel mío! Quieres cargar con toda la culpa. ¿No he contribuído yo también, en parte, á tu ruina? ¿No ha pesado también mi lujo en la balanza? Me has hecho maldecir mil veces la vida feliz y de ociosidad que hemos llevado durante cuatro años. ¿No es para morir el saber que has de estar desterrado seis años? ¿Se puede hacer fortuna en seis años? ¿Volverás? ¿Qué razón tenía yo cuando me negaba obstinadamente á esa separación de bienes que mi madre y tú me forzásteis á aceptar! ¿Qué os decía yo entonces? ¿No equivalía esto á traer sobre ti la desconsideración pública? ¿No era eso arruinar tu crédito? Fué necesario que tú te enfadases para que yo cediese. Querido Pablo, nunca has sido tan grande ante mis ojos como lo eres en este momento. ¡No acobardarse ante nada! ¡ir á probar fortuna á la ventura!... Es necesario tener tu carácter y tu fuerza para obrar de ese modo. Estoy á tus pies y soy toda tuya. Un hombre que confiesa su debilidad con tan buena fe, que rehace su fortuna por la misma causa que la dispó, por amor, por irresistible pasión, ¡oh! Pablo, ¡ese hombre es sublime! Vete sin temor, marcha á través de los obstáculos sin dudar de tu Natalia, porque eso sería dudar de ti mismo. ¡Pobre amor mío! ¿Quieres estar siempre en mí? Y yo, ¿no he de estar siempre contigo? Sí, no estaré aquí, sino donde tú te encuentres. Si tu carta me ha causado vivos dolores, en cambio me has colmado de gozo; en un momento me has hecho conocer los dos extremos, pues al ver lo mucho que me amas siento orgullo, comprendiendo que mi amor fué correspondido. Á veces creía amarte más que tú á mí; ahora, me reconozco vencida; puedes unir esta deliciosa superioridad á todas las demás que tienes; sin embargo, esta no es razón para que yo te ame más de lo que te amaba, porque eso me sería imposible. Tu carta, esa preciosa carta en que tu alma se revela, quedará grabada en mi corazón durante tu ausencia, toda mi alma será para ella, ¡esta carta es mi gloria! Iré á vivir á Lanstrac con mi madre, permaneceré allí muerta para el mundo y economizaré nuestras rentas para pagar íntegramente tus deudas. Desde esta mañana, Pablo, soy otra mujer, digo adiós sin pesar al mundo y no quiero

participar de los placeres de que tú estás privado. Por otra parte, Pablo, yo debo dejar á París é ir á vivir en la soledad. Querido mío, sabe que hoy hay una razón más para que tú hagas fortuna. Si tu valor necesitase un aguijón, sabe que son dos corazones los que aquí dejas. ¿No adivinas, cielo mío? Soy madre. Tus más queridos deseos quedan satisfechos. No quería causarte esos falsos goces que matan, hemos tenido ya demasiados disgustos con este motivo, y nunca quise dar lugar á que la buena nueva tuviese que ser desmentida. Hoy estoy segura de lo que te anuncio, y me considero feliz pudiendo proporcionarte ese goce en medio de tus dolores. Esta mañana, no sospechando nada, creyéndote aun en París, fui á la Asunción á dar gracias á Dios. ¿Podía yo prever una desgracia? No, todo sonreía en torno mío. Al salir de la iglesia me encontré á mi madre; había sabido nuestros apuros y llegaba con sus economías, con treinta mil francos, esperando poder arreglar tus asuntos. ¡Qué corazón, Pablo! Estaba gozosa, volvía para anunciarte estas dos buenas noticias mientras almorzábamos en el cenador de nuestro invernadero, para donde tenía yo preparadas las golosinas que tanto te gustan. Agustina me entregó la carta. Una carta tuya, habiendo dormido juntos, ¿no tenía que encerrar todo un drama? Se apoderó de mí un estremecimiento mortal y después la leí... La leí llorando, mientras mi madre derramaba también abundantes lágrimas. ¿No es preciso amar mucho á un hombre para llorar, cuando tanto afea el llanto á una mujer? Estaba medio muerta. ¡Tanto amor y tanto valor! ¡tanta dicha y tantas miserias! ¡las fortunas más ricas del corazón y la ruina momentánea de los intereses! ¡no poder estrechar al bien amado en el momento en que la admiración de su grandeza llega al colmo! ¿qué mujer hubiese resistido á esta tempestad de sentimientos? Saber que estabas lejos de mí, cuando tu mano puesta sobre mi corazón me hubiera hecho tanto bien; no estabas aquí para prodigarme esas miradas que tanto amo yo, para regocijarte conmigo de la realización de tus esperanzas; y yo no estaba á tu lado para dulcificar tus penas con aquellas caricias que te hacen adorable á tu Natalia y que te obligan á olvidarlo todo. Quise partir, volar á tu lado; pero mi madre me hizo observar que la salida del *Bella Amalia* tendría lugar al día siguiente; que sólo en coche podría llegar á tiempo, y que, en el estado en que me encuentro, fuera una

insigne locura arriesgar todo un porvenir con un viaje precipitado. Aunque madre ya, pedí caballos, y mamá me engañó haciéndome creer que los mandaba á buscar. Ha obrado sabiamente, porque las primeras molestias del embarazo se han dejado ya sentir. No pude sufrir tan violentas emociones, y me puse enferma. Te escribo desde la cama, pues los médicos me recomiendan reposo durante los primeros meses. Hasta aquí he sido una mujer frívola; en lo sucesivo voy á ser una madre de familia. La providencia se muestra pródiga conmigo, porque los cuidados de criar, de cuidar y de educar á un hijo es la única cosa que puede aminorar los dolores que me ha de causar tu ausencia. Tendré en él un otro tú á quien hacer fiestas. Confesaré en voz alta mi amor, que tan cuidadosamente hemos ocultado siempre nosotros. Diré la verdad. Mi madre ha encontrado ya ocasión de desmentir algunas infamantes calumnias que corren respecto á ti. Los dos Vandenesse, Carlos y Félix, te han defendido calurosamente; pero tu amigo de Marsay lo toma todo á broma y se burla de tus acusadores en lugar de responderles. Me disgusta esa manera de combatir sin calor ataques y calumnias serios. ¿No estarás engañado respecto á él? No obstante, te obedeceré y lo consideraré como un amigo. Respecto á las cosas que atañen al honor, nada temas, adorado mío. ¿No es tu honor el mío? Empeñaré mis diamantes. Mi madre y yo vamos á emplear todos nuestros recursos para satisfacer íntegramente tus deudas, y vamos á procurar adquirir de nuevo tu cercado de Bella-Rosa. Mi madre, que entiende en negocios como si fuera un procurador, te vitupera mucho por no haberte franqueado con ella. De haberlo sabido, no hubiera comprado el dominio de Grainrouge y te hubiera podido prestar ciento treinta mil francos. Está desesperada por el partido que has tomado. Le inspira temores tu permanencia en las Indias. Te suplica que seas sobrio y que no te dejes seducir por las mujeres... Yo me eché á reír. Estoy segura de ti como de mí misma y sé que volverás á mis brazos rico y fiel. Yo sola en el mundo conozco tu delicadeza con las mujeres y tus secretos sentimientos, que hacen de ti una especie de flor humana digna del cielo. Los burdeleses tenían razón cuando te pusieron por apodo el bonito nombre de flor. ¿Quién cuidará ahora mi flor delicada? Horribles ideas laceran mi corazón. ¡Yo, su mujer, su Natalia, estar aquí muy tranquila cuando acaso

está él sufriendo! ¡Y yo, tan unida á ti, no podré participar de tus penas, de tus reveses, de tus peligros! ¿A quién confiarás ahora tus secretos? ¿Cómo podrás pasar sin el ser á quien se lo confiabas todo? Me parece que estoy sola hace dos siglos y París se me figura un desierto. He llorado ya mucho. ¡Ser la causa de tu ruina! ¡Qué horrible idea para una mujer que ama! Me has tratado como á un niño mimado á quien se da cuanto pide, como á una querida que derrocha la fortuna de su atolondrado amante. ¡Ah! tu pretendida delicadeza ha sido un insulto. ¿Crees que yo no podía pasar sin lujo, sin bailes y sin Ópera? ¿Soy acaso alguna mujer ligera? ¿Crees que no puedo concebir pensamientos graves y contribuir á tu fortuna como he contribuído á tu placer? Si no estuvieses lejos de mí, sufriendo y desgraciado, te reñiría, señor mío, por tu impertinencia. ¡Rebajar á tu mujer hasta ese punto! ¡Dios mío! ¿por qué frecuentaba yo el mundo sino por halagar tu vanidad? Ya sabes que yo me engalanaba para ti. Si he cometido alguna falta, me veo bien cruelmente castigada: tu ausencia es una muy dura expiación de nuestra vida íntima. Nuestra dicha era demasiado completa para que no la pagásemos con algún gran castigo, y el castigo es éste. Después de aquella felicidad que ocultábamos cuidadosamente al mundo, después de aquellas fiestas continuas, mezcladas con las locuras secretas de nuestro amor, nada es posible más que la soledad. La soledad, amigo mío, alimenta las grandes pasiones, y yo aspiro á ella. ¿Qué haría yo sola en el mundo? ¿Con quién celebraría mis triunfos? ¡Ah! vivir en Lanstrac, en aquella tierra adquirida por tu padre, en aquel palacio que tú has restaurado con lujo, vivir allí con tu hijo esperándote, enviándote todas las noches y todas las mañanas la plegaria de la madre y del hijo, de la mujer y del ángel, ¿no será una media dicha? ¿No ves ya unas manecitas unidas á las mías? ¿Te acordarás tú, como yo me he de acordar todas las noches, de esas horas felices que recuerdas en tu querida carta? ¡Oh! sí, nuestro amor era tan grande como mutuo. Esta certidumbre es un talismán contra la desventura. Del mismo modo que tú no dudas de mí, yo no dudo de ti. ¿Qué consuelos, sino, me quedan á mí aquí, desolada, abatida y contemplando esos seis años como quien contempla el desierto que tiene que atravesar? Pero, en fin, aun no soy de las más desgraciadas; este desierto estará animado por nuestro hijo; sí, quiero darte un hijo